

## La semilla vieja

Luis Yépez

*Estampas*, 1958.

Martín de Ugalde es un cuentista sobrio, realista y cruel. Su estilo es breve, tajante y expresivo. No hay minucias. Ni remilgos. Ni prudencia de recato. Su lenguaje tiene todas las puertas y las ventanas abiertas. Se ve el frente y el fondo. Se mira la realidad y se ven las horrruras. El libro trae cinco cuentos. Los he leído de un gratísimo tirón. La literatura de inmigrantes es nueva entre nosotros. Triunfan en esa nueva corriente de actividad literaria los escritores recios en la observación y capaces de ahondar en la vida de pobreza del inmigrante que trabaja y ahorra. Y sobre todo que sabe situarse en las asperezas y dificultades de una vida que no se deja vencer fácilmente ni se entrega nunca a los débiles.

Martín de Ugalde ha sabido escoger y mantener su camino de escritor joven y talentoso. "La semilla vieja" lo sitúa automáticamente entre los grandes del cuento. Su narrativa no es la usual de numerosos buenos cuentistas. La técnica de Martín de Ugalde es la de los trazos vigorosos y breves. O bien la síntesis en la línea de la expresión. Los personajes no andan en la sombra, ni tropiezan ni se esconden. Trama y personaje son claros. Gente que vive, come, degluta y expele, trabaja y sufre.

"La luz se apaga al amanecer", es un cuento que casi llega a ser repugnante por la certitud del diálogo y la amargura que destila. La vida social de los barrios ricos o pobres es así: las mismas pasiones, las mismas palabras, los mismos juicios e idénticas preocupaciones por la vida ajena. La diferencia está en el lenguaje: el vocabulario tiene sus matices. La húngara y su marido son dos seres perdidos en las veredas de la impotencia. La víctima es la chiquilla, la hija. El marido de la húngara es pasivo. La mujer recoge en la calle dinero y hasta hijos. El hombre finge al final un suicidio: un mecate, un cajón y nada...

El cuento "La semilla vieja" es uno de los más humanos y dolorosos, en el que el sentimiento paternal, sin ser especialmente exaltado, se revela en diferentes pormenores y situaciones. Por ejemplo, en la tala de árboles. El viejo Anastase no quiere matar los árboles. Y cuando cae un árbol, dice:

– Otro muerto. ¡Otro árbol joven que se va!

En la vida de ciertos inmigrantes que se agrupan porque los une la sangre, el heroísmo existe y la virtud es una consigna. Este viejo Anastase, italiano valeroso, es un hombre ejemplar y constante. No se queja nunca. Un día morirá sin darse cuenta, acurrucado en los asientos de un "jip", soñando como si tuviera veinte años. Esta literatura de inmigrantes conduce a todas las capas sociales la verdad de esos contingentes que vienen al país, no como muchos dicen, a desplazar al criollo, sino a ganar menos, a trabajar más y a sufrir durante algún tiempo, la necesaria adaptación a un nuevo medio, a un clima ardiente y a costumbres diferentes.

"La llegada de Engracia" es la lección de la distancia. La ausencia no es fuerza aglutinante para dos que se quieren. Es un relajador de la fricción humana. Engracia es bonita y joven. Sirve en España en un restaurante y todos la galantean y ella se siente bien con los piropos de los clientes. Es la mujer de Juan y Juan la espera aquí después de tres años largos y duros. En el barco encuentra a Pedro, a bordo, y la chispa se enciende. Luego Juan se pliega a la fatalidad del abandono.

"El Asalto" y "El Espía" son también dos cuentos que destilan sarcasmo, dolor y cianuro. Y en realidad es eso: angustia, mala suerte, ilusiones y golpes inesperados del destino. Martín de Ugalde no se repite. Sus casos son individuales y extraordinarios. Sus personajes andan por allí sueltos y sufrientes, dominados por la disciplina del trabajo o desazonados por no encontrarlo. La zozobra es la misma. Los corazones tienen y padecen la misma turbación. En "El Asalto" aparece el espía cuando la anormalidad pública se presenta con las manos crispadas por la neurosis colectiva. Y como es natural, alguno, entre muchos, posee más sensibilidad nerviosa y ése es quien hará contacto con la corriente fatal.

Estos macizos cuentos de Martín de Ugalde son cinco ángulos filosos, fuertes, pero al mismo tiempo tienen en el contraste natural, la clemencia que se desprende de la misma amargura. La narración es armoniosa porque está de acuerdo con los tipos humanos, con el destino de éstos y así mismo con el lenguaje y los términos de comparación. Por otra parte Martín de Ugalde es poseedor de un léxico justo y numeroso que expresa lo que él quiere y dice lo que él quiere decir. Estas condiciones en un escritor son muy valiosas y sus posibilidades para nuevas creaciones no son un problema sino una evidente realidad. "La Semilla Vieja" pasará al acervo nacional con su propio valor y su propio sabor amargo y con sus luces mortecinas y con los martillazos secos de la realidad.